

Ana, Yolima, Camilo y Ana.  
Los osos no caen al polo sur.  
[Ese ruso lo planea con soso sol.  
Dad la efe de fealdad.  
La tipa Cleopatra atrapó el  
[capital.

El último por desgracia es falso.  
¡Pero casi! Así que lea, cálese, y ¡a  
remar, ramera!  
Fin. ¡Snif!

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Paralelos para lelos

Álvaro Mutis et Maqroll el Gaviero

Michèle Lefort

Interférences, Presses Universitaires  
de Rennes, 2001, 140 págs.

Como presagio de gloria póstuma, éste es el primer libro crítico que se publica en lengua francesa sobre la obra inabarcable de Álvaro Mutis, donde ya había ganado el premio Médicis, equivalente al Goncourt, pero en lenguas extranjeras, y al mismo tiempo es una señal de alarma sobre la cantidad de tonterías que están aún por escribirse. Pero sí, en todo caso, es una muestra del ascenso de Mutis en el *hit parade* internacional de los libros, un término que él mismo detestaría.

A mí me entristece la lectura de este libro. Me deja al desnudo la labor anodina de los cazadores de intertextualidad, que parecen refugiarse todos en los recintos universitarios, como si fuera la única tarea digna para un intelectual.

Ignoro cuándo habrá comenzado tan nefasta costumbre, pero me imagino que, como tantas otras costumbres nefastas, habrá comenzado con Freud en la Viena de los años veinte del siglo homónimo. Francia habrá adoptado esa costumbre de mantener entretenidos a los alumnos de ciencias sociales con análisis que llevaron primero al horror sartreano de la lectura comunista, el gulag de la

literatura comprometida, y luego al auge de movimientos tan célebres como el estructuralista, Lévi-Strauss, Lévy-Bruhl, etc., cuyas secuelas todavía se respiran y que van y vienen como las modas, y ahí tenemos a Barthes, Bajtin, Todorov y seguimos con Lacan, ligado al psicoanálisis, por supuesto, y otras vertientes como la de Deleuze, ligado a quién sabe qué, y el odioso señor Tadié, que aparece por todos lados en este libro, y luego el tan cacareado posmodernismo de Lyotard, que, como la música disco, empieza a disolverse en el olvido, y la última moda, la superstición de nuestros días, el pensamiento complejo de Edgar Morin, tan complejo que no es más que incomprensible. Yo, qué pena con ustedes, sigo y seguiré siendo un adepto incondicional del pensamiento simple.



Al parecer, hay que ser confuso para tener un mayor número de intérpretes. De ello se nutren las tesis universitarias. Así elaboran enormes trabajos de filología mecanizada, que se convierten en tesis de grado completamente marginales o a lo sumo en trabajos que, como dice Javier Marías, sólo serán leídos por otros expertos con el único fin de refutarlos y, en fin de cuentas, absolutamente inútiles.

¡Labor aburrida e inútil! Tan inútil como la multiplicación de los coloquios acerca de cualquier tema, que terminan siendo un símbolo de nuestra impotencia abarcadora.

Pero digamos que la culpa no es de quienes estudian literatura o filosofía y letras o como se le quiera llamar, sino del sistema que las enseña así. Es curioso que las universidades pretendan encontrar lo que no está escrito en los libros y piensen que en eso consiste una carrera de literatura. Si se trata de aplicar esos métodos, ¿para qué recurrir a

la literatura? ¿No es lo mismo aplicarlos sobre la Cábala, la Biblia o el I Ching?

Pretenden con un arsenal de susodicha objetividad rellenar lo que no se sabe, desvelar el misterio insondable que yace en el fondo de toda creación artística. Se empeñan todo el tiempo en encontrar lo que no hay por qué encontrar, las lecturas secretas, los símbolos escondidos, lo que más en el fondo del más fondo de los fondos, fue el verdadero deseo de un autor de éxito... Recuerdo que la mejor respuesta a semejante idea es ese texto burlón que escribió García Márquez acerca de los miles de análisis que de su obra se han hecho y que se encuentra en la *Antología de lecturas amenas* que hiciera Darío Jaramillo Agudelo.

Y así, en tanto las universidades hagan de la literatura, que debería ser la mejor de las diversiones, la carrera más detestable, y que hayan decidido que es mejor analizar a Mutis para escribir lúcidos ensayos o cuentos o lo que sea, que para buscar el trasfondo de no sé qué o el significado oculto, o la polisemia o el significado a través de la vida mundana del escritor, y aquí el juicio, no por implacable menos justo, de Proust contra Sainte-Beuve regresa de improviso a la palestra, estaremos perdiendo la nuez misma de las letras, que es el placer del lector. Si de analizar la vida del autor se trata, decía Thackeray en sus *Roundabout Papers*, que en toda su larga experiencia no había encontrado que los hombres que escribían libros fuesen superiores en conocimientos o en sabiduría a los que no los escriben. Los escritores son seres normales e, incluso, si hacen bien su oficio, más bien anormales, asociales, sin mucho que contar de su vida mundana.

Entonces toman el texto mismo, y lo desmenuzan, por no decir que lo destrozan. Los críticos, decía Henri Michaux, examinan las palabras más recurrentes en un libro y las cuentan. Esa idea de hacer arqueología del discurso es, como dijo Oscar Wilde, sólo la ciencia de hacer excusas para justificar el mal arte. Podría tratar de disculpar esa ense-



ñanza diciendo que se trata de otras ciencias sociales, y que lo que se enseña es cualquier cosa, menos literatura. Será sociología, o epistemología, o semiótica, o filosofía, o historia de las ideas. Pero voy más allá. Eso es simplemente esoterismo. Yo llamo esotérico todo pretendido conocimiento que maneje un lenguaje exclusivo para iniciados y que cierre sus fronteras a cualquier influencia de la razón.

Bastaría leer la crítica de los propios escritores, la crítica gozona. Pero en la universidad se cree que si se lee a un autor por puro placer, ¿entonces en qué se diferenciaría el estudiante del público común y corriente? Yo soy de los que preferirían que se leyera a Mutis no para analizarlo con estetoscopio, microscopio o telescopio, sino para gozarlo, y que las charlas sobre literatura sean lo que son: charlas sobre literatura. Pero mientras los unos pasan de Kipling a Dante, o de García Márquez a Kundera, otros pasan sólo de Todorov a Bajtin, y la pobreza de sus referencias se vislumbra en que lo único que saben de un gran autor es lo que sobre él escribió, en páginas imposibles, Roland Barthes, y entonces me pregunto cómo puede alguien leer al mismo tiempo a Derrida, Todorov y Mutis, sin colapsar.

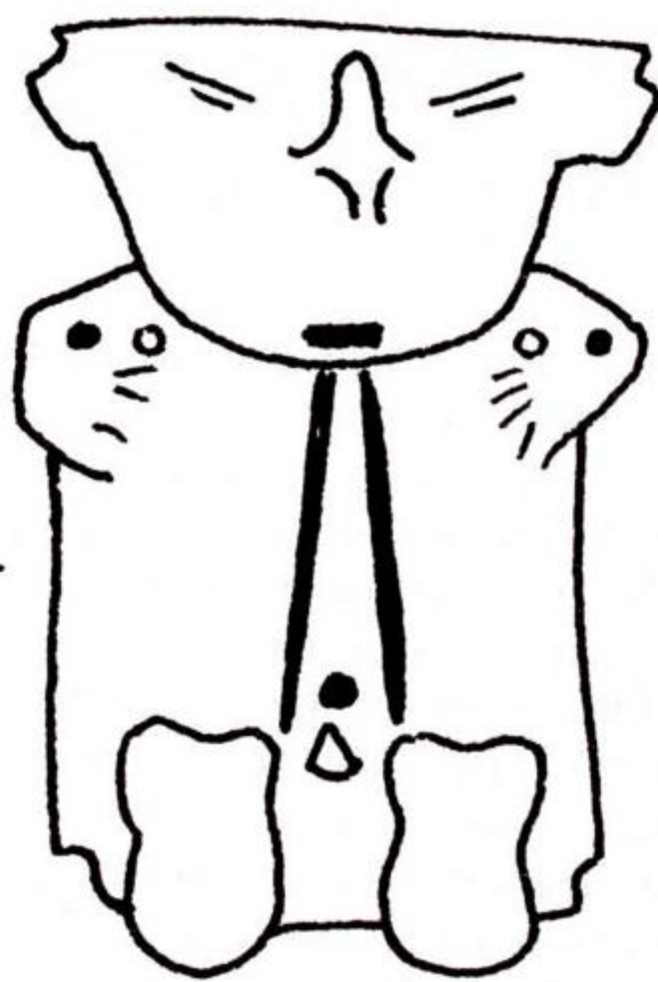
Estos señores han creado mundos paralelos, que también son nada más que imaginarios, pero de un imaginario aburrido. Y como el arte es eterno, todas esas son meras consideraciones temporales que se irán olvidando con el tiempo. Yo estoy seguro de que dentro de un siglo se habrán olvidado los nombres de estos señores ilustres aunque habrán sido reemplazados por las supersticiones de entonces. Pero es que la justicia poética trabaja lentamente, como las mutaciones de la materia viviente.

\*\*\*

Este libro es un estudio semántico, tal vez, de los nombres propios que se encierran en toda la obra de Álvaro Mutis. A través de un montón de apretadas páginas y de citas en letra demasiado pequeña, apro-

piadas, como decía don Miguel Antonio Caro, más para hacer ciegos que sabios, la autora insiste en encontrar las claves para una lectura "segunda" o "profunda" del escritor. El resultado me parece francamente detestable.

¡Imaginemos —para empezar— que en la primera página de cada libro tuvieran que explicarnos qué es un texto y que significa *tejido* o *trama*! ¡Imaginemos todo lo que se puede especular sobre el origen del nombre de Maqroll el Gaviero y de sus connotaciones en idiomas que desconocemos! Da escalofrío pensarlo. Es decir, se nos vendrá una serie de textos paralelos, para ellos, que intentarán demostrarnos, como en este libro, que la extremada lucidez de Maqroll está "contenida simbólicamente", cómo no lo habíamos advertido, en su sobrenombre de Gaviero, que quiere decir "visionario".



Se trata a través de todo el libro de "décrypter le nom de baptême", descifrar el nombre de pila de cada uno de los personajes de la *Summa de Maqroll*, todo eso adobado con malsanos comentarios de Tadié. Con asombrosa persistencia, digna sólo de una sólida metodología escuelera de la mejor estirpe de lo peor de Francia, la autora se va sumergiendo en cada vez más abstrusos interrogantes, hasta llegar a preguntarse, por ejemplo, si la pasión de Mutis por el billar no será "una

búsqueda, una tentativa de identificación con el padre prematuramente desaparecido" (pág. 96).

Ahora bien: acaso los nombres sí tengan significados ocultos, "inconscientes", lejanos a nuestro alcance. Pero ese estudio no corresponde a la literatura sino a ese esoterismo del que he hablado o, en el mejor de los casos, a alguna rama de la psicología. Otro problema que suscita ese tipo de crítica es que el buen libro permite ver en él cualquier cosa que el intérprete quiera ver y la multiplicación de miradas no es necesariamente bienvenida. Lejos estamos de los tiempos en que Wilde pedía que el crítico surgiera como un dios tan creativo o más que el autor criticado.

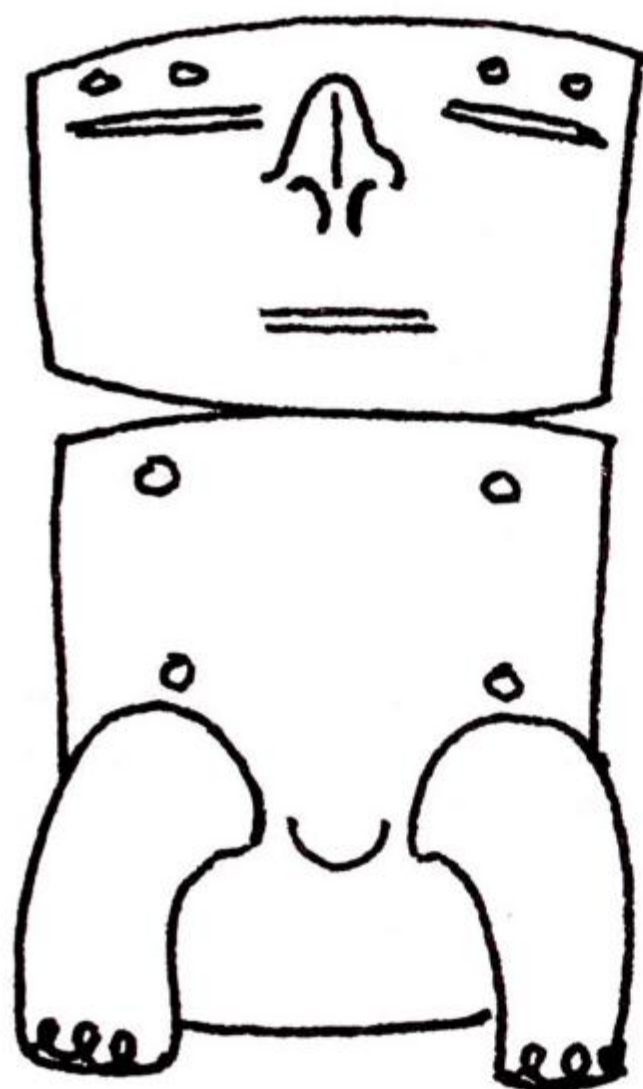
No obstante, en cuatro entrevistas que hace al autor pregunta reiterativamente por esos significados y Mutis, siempre afable, pero a veces un tanto incómodo, sólo acierta a decir que son simples muletillas o que obedecen a un capricho del momento. Pero la autora insiste en que en la obra de Mutis no hay nominaciones gratuitas. Aunque, si hemos de creer las propias palabras del autor, sí las hay. Y lo dice incluso en las propias entrevistas realizadas por ella. Así, algunos nombres no corresponderían sino a un simple deseo de "brouiller les pistes". Pero a las preguntas Mutis niega siempre, o asiente sin entusiasmo e intenta explicar lo que en verdad considera importante en cada texto. Ilona no tiene nada que ver con nadie que haya podido conocer. Pero la superstición de las influencias y de los significados ocultos gana la parada. Al fin y al cabo, nadie ve más de lo que su encantamiento quiere ver. Y de poco o nada vale que el propio Mutis insista en que jamás le ha interesado saber nada de la vida de Dickens para apreciar debidamente su obra. Pero, como él mismo recalca, de poco sirve precisar las cosas una y otra vez a los periodistas, pues ellos "no entienden sino la mitad de lo que se les dice".

\*\*\*

Lo en verdad interesante de este libro son las cuatro entrevistas que, durante cuarenta apretadas páginas,



hizo la autora a Mutis entre los años 1991 y 1994. Aquí sí hay material muy apropiado para el estudio sobre el autor, y pienso que deberían ser vertidas muy pronto al español, junto con el libro, pues supongo que habrá universidades a las que se les hará agua la boca frente a este botín semiótico. En ellas aparece resalta-da la importancia de la literatura francesa sobre su inspiración, en especial la de Roger Caillois, muy poco resaltada hasta ahora. Al leer a Caillois, como García Márquez al leer a Kafka, Mutis exclamaría: “Si eso puede existir de esa forma, entonces yo también voy a escribir”.



Aun así, la sección dedicada a las entrevistas nos deja el sabor de una hermosa oportunidad perdida. Las respuestas de Mutis, aunque afectuosas, sólo dejan entrever que las preguntas son inadecuadas y son la mejor refutación de este libro. Una que otra, en todo caso, es digna de mención:

“Somos los inventores de nosotros mismos. Es evidente”. O “Jamás puedes erigirte en juez de quien sea ni de nadie”.

Para un lector como yo, que gozo la literatura, dice mucho más y es muy sugerente, como anécdota y acaso como significado, aunque no importe mucho, que, aunque sólo haya sido en un principio, la idea de

los Hospitales de Ultramar le fuera sugerida a Mutis por el hospicio de la Pietà, en Venecia, en el cual Vivaldi era profesor de música de niñas abandonadas y de pocos recursos, para las que compuso los conciertos más bellos del mundo.

Yo prefiero leer las anécdotas y me dice mucho más un detalle oculto en alguna biografía que todos los análisis psicoanalíticos de *El proceso* de Kafka, como, por ejemplo, que, mientras lo escribía, Kafka leía apartes a sus amigos, llorando de la risa o imaginaba, inmensamente divertido, variantes de su propia muerte. He ahí acaso el verdadero significado de la obra. Acaso Kafka, simplemente, nos tomaba el pelo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Los dudosos héroes de nuestro tiempo

**Un mundo muy raro  
y otras crónicas de Gatopardo**  
Varios autores (prólogo de Carlos Monsiváis)  
Aguilar, Bogotá, 2001, 462 págs.

Con un título que acaso quiere evocar resonancias de un corrido de José Alfredo Jiménez, Aguilar presenta una selección de las mejores crónicas aparecidas en la revista mexicana Gatopardo durante el período comprendido entre abril de 2000, fecha de su aparición, hasta finales de 2001. Sensacionalista, amarillista aunque con ínfulas de intelectualidad, esta revista recoge en sus textos de actualidad periodística firmas que van desde el espíritu disperso de Carlos Monsiváis, autor de la presentación, hasta un par de premios Nobel, pasando por nombres tan heterogéneos como Antonio Tabucchi, Ernesto Sábato —que nos ofrece una brevísima autobiografía que no parece de Sábato porque es bastante mejor que Sábato—, Carlo Bizio, quien nos regala un excelen-

te reportaje a Oliver Stone; Tomás Eloy Martínez, testigo de excepción del once de septiembre; Rodrigo Fresán o Alfredo Molano.

Monsiváis nos recuerda que las grandes revistas se transforman en mitologías, y entre los pocos ejemplos que cita resalta la existencia de Eco y de la librería Buchholz en Bogotá, y explica que la función de apoyo literario de las revistas finalizó por completo hacia 1980 para ser reemplazada, para bien y para mal, por las burdas leyes del mercado. “Si en este momento se lee, por ejemplo, a José Saramago, a Antonio Tabucchi, a Paul Auster, a Umberto Eco o a Edward Said, no es por sugerencia de las revistas sino por la mezcla del esfuerzo de la industria y las recomendaciones de lector a lector”. En esa renovación aparece Gatopardo como referencia obligada, y el resultado es un híbrido curioso en el cual se esbozan ante todo breves biografías de esos héroes de nuestro tiempo, parodiando a Lermontov, personajes latinoamericanos entre siniestros y pintorescos que quieren pasarse de vivos, que oscilan entre la farándula, el escándalo, el crimen, la droga, tanto en su consumo como en su producción, los escándalos financieros, el éxito en las urnas, el mundo de los Bernard Tapie aztecas, de los Berlusconi porteños, de los militares argentinos, que hoy pueden estar en la cárcel y mañana ser los líderes de sus países. Personajes que, como escribió Jules Romains, “se aprovechan en pleno del dudoso servicio que la democracia ha rendido al hombre de nuestras sociedades iniciándolo en la política, habituándolo a ese alcohol, haciéndole creer que la región de las catástrofes le concierne, que la historia lo llama, lo consulta, lo requisiona, a cada instante”.

Por estas páginas desfilan entonces todos los sinuosos Vladimiro Illich Montesinos, el “narcoabogado” con un prontuario que lo convierte, según Gustavo Gorriti, en “el Noriega corregido y aumentado de fin de siglo, nacido en esa época en la cual todos los perros se llamaban Laika”, admirador de Gadafi, el mis-